
 VXII

Antes del peligro.

El hotel de Roye había recobrado rápidamente su antiguo y alegre aspecto. Todo en él era alegría y se hacían los preparativos para la boda de Germana. Habían cesado las sospechas y las desconfianzas. Ya no había más que sonrisas, juramentos, protestas de amor, flores, banquetes y visitas.

¡Estas llovían! Cuando se ocupa una posición como la que la señorita de Roye ocupaba, se tienen legiones de amigos, verdaderos ó falsos. Aquello era un desfile del barrio, sobre todo de su juventud, por los salones del hotel. Las compañeras de Germana en el colegio del Sagrado Corazón, se agrupaba en su alrededor. Todo el mundo convenía en que el vizconde Roberto de Beaulieu era un favorito de la suerte. Dígase lo que se quiera, en estos tiempos en que no se oye hablar más que de millones, en que las gentes más modestas dan apenas á un billete de mil francos el valor que se daba en otros tiempos á algunos doblones, los dotes de quinientos mil francos de renta son raros, y cuando además de esto la que los lleva al matrimonio no

es ni vizeca ni deforme, cuando une á esta fortuna estimables prendas personales, el feliz poseedor de tantos tesoros, es saludado como un fenix y hasta sus mejores amigos le miran con secreta envidia.

Germana se prodigaba. Durante algunas semanas se la vió en todas partes.

A pesar de su fortaleza de carácter, la asaltaban sombríos pensamientos y no los podía desechar sino haciendo poderosos esfuerzos sobre sí misma.

El recuerdo de su hija la perseguía sin cesar. Hubiera deseado al menos estrecharla entre sus brazos y saber dónde estaba. El niño enterrado bajo la florida tierra del pequeño cementerio de Sainte Brelade, á la sombra de la vieja iglesia revestida de yedra, perturbaría menos la tranquilidad de su madre.

Pero á veces, durante sus noches de turbación, se despertaba sobresaltada, soñando con aquel siniestro, viendo con los ojos del alma aquel débil cadáver, traqueteado por las olas, destrozado por las puntas de las rocas y tendido en algún antro del mar sobre un lecho de algas, para servir de pasto á algun monstruo de los abismos que le habría tragado.

Y en medio del silencio de su habitación, se maldecía á sí misma por su crueldad, por el odio que había demostrado hacia aquel pequeño ser, inocente en sus desgracias, y hacia el cual hubiera debido tender su mano de madre cariñosa.

¡Su madre! ¿Qué, no lo era, después todo? Encontraba ahora una gran dulzura en darse este título que antes la encolerizaba.

¿Acaso aquella criatura no era su sangre, una parte de su vida, algo de sí misma?

¿Quién tenía razón, ella que la rechazaba impelida por su orgullo, ó el capitán Perros que la defendía?

Germana quería á aquel Breton, lleno de sentimientos y de franqueza, que no se dejaba intimidar por su rango, por aquella fortuna, ante

la cual los demás se inclinaban, y que le decía la verdad pura, sin rodeos ni adulaciones!

¡Cuánta razón tenía Perros al predecirla que el odio que sentía por aquella criatura, sangre de su sangre, fruto de sus entrañas, sería el remordimiento de su vida!

A todas las horas del día ó de la noche, en el bosque, en sus paseos matinales ó en el teatro, en medio del deslumbramiento de las luces, en el aturdimiento de la música y del espectáculo; en medio de las distracciones de toda especie que traían consigo las compras de alhajas y la elección de trajes, había un punto del cual ella no podía separar su imaginación.

Sin cesar veía ante sí aquellas facciones que se había negado á contemplar, aquella cabeza que no había besado y á cuya vista había vuelto el rostro horrorizada.

Llegó el fin de diciembre.

Las amonestaciones se habían publicado ya y los periódicos se habían ocupado de aquella gran alianza que era casi un acontecimiento.

A eso de las tres de la tarde, Germana estaba sola en su gabinete. Las visitas de su prometido eran más frecuentes. No dejaba trascurrir ni un solo día sin pasar algunas horas á su lado.

Le esperaba.

Después de todo, cuando razonaba en pleno día, no se creía verdaderamente culpable; ¡no era la fatalidad la que lo había hecho todo, arreglado todo, quitándole aquella hija á la cual, vencida por los razonamientos de Perros y por su propio corazón, se hubiera decidido á guardar, cuidar y amar tal vez!

Esperaba que su amor por el vizconde de Beau-
lien, ahogaría sus recuerdos, que el tiempo, tan poderoso, sería un remedio para ella y que poco á poco el olvido descendería á su alma como un rocío bienhechor.

Germana había dejado caer sobre la alfombra un libro que no podía leer — la novela de su vida superaba en mucho, para ella, al interés que encierran las de los más atrevidos escrito-

res — cuando Ursula entró en el salón y anunció:

— El capitán Perros.

La joven se levantó y fué al encuentro del Breton con las manos tendidas.

— ¡Qué hay? — le dijo conduciéndole á un diván.

El marino movió la cabeza varias veces, haciendo un movimiento de labios, que no anunciaba nada bueno.

— ¡No hay esperanza alguna! — la dijo — ¡todo ha concluido! He vuelto allá. Ese Struth ha muerto, en efecto. Hay un misterio en todo esto que vos aclarareis tal vez... si quereis.

— ¿Cómo?

— Nombrándome al culpable..., al padre..., al hombre que tenía interés en robar la criatura, á fin de servirse de ella más tarde como de un arma contra la madre. ¿Comprendeis?

— Para qué deciroslo.

— ¡Os negais á revelarlo?

— Sí.

— Le conozco, sin embargo.

— ¿Quién os lo ha dicho?

— El diecisiete de diciembre del año pasado, estábais en los Essarts, una de vuestras propiedades, situada en los límites de la Normandía y del Perche.

— En efecto.

— El único pariente que os queda en aquel país es el barón Santiago de Brandes.

— Es verdad.

— Ahora bien, el barón Santiago de Brandes no ha abandonado su casa mientras habeis estado en Jersey.

— ¿Estais seguro de eso?

— Perfectamente seguro. Tengo á mi servicio un pobre muchacho que es del país. Hace doce años que salió de él y no posee allí ni bienes ni parientes.

— ¿No se llama Triquet?

— Justamente. Le envié á su pueblo. Ha visto á los criados del barón. Santiago de Brandes no se ha movido de su casa. Además, él no tenía

cien libras esterlinas de más, á lo que parece, para comprar la complicidad de la inglesa.

La señorita de Roye se estremeció.

Recordaba la duda que la habia asaltado cuando vió á Triquet en la quinta de Sainte-Brelade.

—¿Teneis confianza en ese hombre?—preguntó Germana.

—Me es muy afecto y me sirve bien.

—¿Luego creéis que el baron es ageno á este rapto?

—En un principio creí que él debia ser el autor. He reflexionado. Es imposible. ¿Quién le hubiera advertido? ¿Cómo habria conocido él el lugar de vuestro retiro, cuando ni nosotros mismos sabiamos si abordariamos en Jersey?

—Entónces, ¿qué suponeis?

—¡Yo! que algunos malvados especuladores, como se encuentran muchos entre nuestros vecinos de Ultramar, para quienes todo es materia aprovechable, habrán olfateado el alumbramiento y conocido vuestra fortuna; que se han apoderado de vuestra hija para vendérsela más tarde, sin ódio, sin pasion y sin otro propósito que el de sacar un soberbio beneficio de esta operacion. Encargaron al pescador de Sainte-Helier de la ejecucion de su plan y ellos se ocultaron. Struth ha perecido. Ellos no hablarán. Y, os lo repito, todo ha concluido para vos y para ellos.

—¿Es esa vuestra creencia?

—Decid mi seguridad.

—¿Pensais que es inútil hacer nuevas averiguaciones?

—Así lo pienso.

—Sea, pues. Me queda una súplica que haceros.

—Hablad.

—Yo, capitan, conservo una esperanza; quiero conservarla mientras tenga una gota de sangre en mis venas. El conde de Beaulieu, por delicadeza, á causa de la desproporcion de nuestras fortunas, exige que nuestra boda se lleve

á cabo con la condicion de la separacion de bienes. Se anticipa á mis deseos. Continuaré siendo dueña de mis rentas. ¿Quién sabe si tendré yo algun dia necesidad de esta libertad? El porvenir me aterra. Me parece sombrío y amenazador. Habiéis nombrado al baron Santiago de Brandes...

—¿Es él el culpable?

—¡Sí, pero vos no le conoceis! Lo que él ha hecho me lo hace temible. Sin más que pensar en él, todos mis odios, toda mi cólera se enardecen y casi me atreveria á bendecir á la suerte, que al arrebatarme esa niña, cuyo recuerdo me enloquece, me ha hecho libre. ¡Quiero que continuéis á mi lado, no á mi servicio, sino como mi amigo, mi sosten, mi confidente! He podido apreciar vuestro criterio, vuestra delicadeza. Vos solo y Ursula, de quien estoy segura, conocéis mi secreto, ese secreto que pesará siempre sobre mi vida. Cuando querais ireis al Havre y vendreis aquí cuando os plazca. Tendreis una habitacion en el hotel de Roye. No rehuséis. Mi tio es anciano y os quiere casi tanto como yo. ¡El es mi único pariente, mi solo apoyo con vos! ¡Os debo mucho! ¡Tal vez os deberé más aun! Tendré necesidad de un consejero, ¿quereis serlo vos?

Germana tendió las manos al capitan.

El las estrechó entre las suyas.

—Lo seré, dijo.—Soy vuestro en cuerpo y alma. Vos sabeis que no se os puede ver sin quereros. Nazario Perros está á vuestro servicio. No tendreis que hacer más que una seña para llamarle y él vendrá.

—¡Pero silencio!

Perros se inclinó.

Ursula levantó de nuevo el portier y anunció:

—El señor conde de Beaulieu, y el señor vizconde.

El capitan Perros se habia levantado y se disponia á salir.

Germana le obligó á volverse á sentar.

—Quedaos—le dijo sonriendo—y... gracias.

El conde de Beaulieu tenía aspecto distinguido, no se podía negar. Los dos hombres, el padre y el hijo, pertenecían á aquella vieja raza normanda que ha dado magníficos modelos de la especie humana. No era fácil imaginarse un noble más imponente que el conde, con su alta estatura y su aspecto de guerrero sobre las armas.

El vizeconde Roberto era, por su parte, un maravilloso enamorado para las mujeres que prefieren un tipo varonil y arrogante, a los afeminados, pálidos, lánguidos, chupados y traviesos de la generación presente.

El conde depositó un beso afectuoso, un beso de padre, sobre las mejillas de Germana. El vizeconde hubiera querido imitarle; pero las conveniencias sociales se oponían á esto.

Se contentó con apoyar los labios sobre las suaves manos de su prometida.

—Querida mía—principió por decir el padre.—vengo á Paris, que no me gusta mucho, para dirigiros personalmente una petición.

—¿A mi?

—A vos.

—Decid.

—¿En dónde pensáis pasar las semanas, largas, estoy seguro de ello, de vuestra luna de miel?

—Yo... no sé... en verdad... dónde quieran.

—El Mediodía es insoportable... Allí se vá á buscar calor y se encuentra lluvia, tan fria como en cualquier otra parte; á veces nieve, el aburrimiento siempre, porque no tiene uno allí ni sus costumbres, ni su sociedad, ni sus amigos. Si me creyérais vendriais á pasarla al país.

—¿A los Essarts?—dijo Germana vivamente.

—¿Por qué nó?

—Sin duda...—balbució ella.

—Si quereis seguir mi consejo, eso es lo que hareis. He conferenciado acerca de esto con el general. Piensa como yo. Pero vos le conoceis.

Me ha contestado: «Consultad á Germana.» Cumpló la consigna. Os consulto.

¡El conde consultaba! tal vez, pero con tono seco, decisivo, casi imperativo, dulcificado, sin embargo, por una amistosa bondad.

—Hé aquí lo que es preciso hacer: os casareis en la alcaldía de la calle de Grenelle, sin ruido. ¿Para qué sirve el ruido? Únicamente los amigos, no todos, los íntimos, asistirán á la ceremonia. Despues de la boda, desde la alcaldía, con los invitados, se vá al camino de hierro. Se parte. Se encuentra en la estacion un servicio de postas bien organizado—de esto me encargo yo,— y se llega á los Essarts vos, con vuestros amigos; Roberto á Beaulieu con los suyos. No estais casados aun más que á medias, puesto que el cura no os ha echado la bendición. Al día siguiente, boda en la iglesia de los Essarts, léjos de Paris y de sus pompas! Comida en el comedor de gala. Despues estancia durante el invierno á una parte de él, en el castillo. ¡Vos sabeis que es soberbio! por su estilo, por su estension, por su suntuosidad, con un mobiliario capaz de hacer la felicidad de un tapicero adornista. Con fuego en la chimenea, ya me lo direis despues. Y cazaremos con mucho ruido. Esta será la fiesta perpétua. ¡Hé aquí lo que he combinado! ¡Yo solo!

El conde se levantó.

—¡Mi bella Germana!—añadió con gran dulzura.—¡No podeis pensar hasta qué extremo os amaremos! Nosotros no hablamos mucho, pero tenemos corazon. ¡Vos lo vereis! ¿Qué decis de mi plan?

—¿Pero qué dice de él Roberto?—preguntó á su vez la joven.

—Yo, Germana, sé que mi padre sería dichoso como un Dios, si le concediérais lo que pide. He aquí todo lo que yo digo.

—Que sea como deseais—dijo Germana.

Se levantó sobre las puntas de los pies para poner su frente á la altura de los labios del conde.

El señor de Beaulieu la levantó con sus robustas manos, como cuando era pequeña, y la dijo al oído un ¡sois un ange!l, en el cual había más emoción que hubiera podido esperarse de aquel coloso de otra edad.

Cuando quedaron solos Germana y el capitán Ferros, se miraron.

—Los Essarts están muy cerca de Brandes— dijo el capitán.

—Tanto mejor—respondió Germana frunciendo las cejas.—¡Si quiere la guerra, nos veremos, pero vos estareis allí!

E interiormente pensaba:

—¡Y después, yo sabré tal vez!...

El nombre de Triquet le zumbaba en los oídos.

Estaba sobre una pista, y quería seguirla.

XXIII

Amigas de colegio

El 13 de diciembre, un viernes, mal presagio para los espíritus supersticiosos, á las nueve de la noche, la planta baja del hotel de Roye estaba espléndidamente iluminada.

Se firmaba el contrato de Germana con el vizconde Roberto de Beaulieu.

Había aquella noche un gran banquete.

La vajilla de plata maciza de la casa, las fuentes de plata sobredorada con las armas de Roye-Chabannes, las copas, los vasos, las botellas de todas formas, brillaban sobre los aparadores y la mesa del comedor, á la luz de cuatro arañas, dos de ellas de cristal de roca, y las otras dos de reluciente bronce.

Miguel Jeannin, el jefe de cocina, se había excedido asimismo. Jamás se sirvió á la mesa de un príncipe un *menú* más abundante ni más delicado que el preparado por Jeannin para aquel banquete.

El normando estaba contento.

Ursula, á su vuelta de Jersey, á pesar del cariño que profesaba á Miguel, no le había confiado nada de los sufrimientos de su ama, y el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO

cocinero creía entrar en una era de prosperidad y alegría.

Aquella noche se celebraba la verdadera fiesta de la boda. El plan del conde de Beaulieu debía seguirse al pie de la letra.

El 16 se desposarían en la alcaldía de Grenelle, é inmediatamente despues del desposorio, al cual asistirían tan solo los amigos íntimos, marcharían á los Essarts, en donde terminaría la ceremonia.

Desde las nueve á las once todo el arrabal desfiló por los salones de la futura.

A las once el desfile habia concluido; el notario habia puesto sobre las servilletas de los contrayentes el precioso pergamino que fijaba los derechos y los deberes de cada uno de ellos en la administracion de sus respectivas fortunas, y los ecos de una orquesta, de una docena de instrumentos, colocada en una especie de palco de doradas barandillas, invitaba á la juventud á los placeres del baile.

Pavanas ó minués y gabotas hubieran sido verdaderamente las que debieran haberse bailado, para estar en armonía el baile con el decorado de aquellos salones llenos de retratos de familia; marquesas empolvadas, mariscales de campo que tenían pendiente de su cuello el cordón del Espíritu Santo ó de San Luis, resaltando sobre sus corazas, é hidalgos con chapas de satén rameado con chorreras y puños de encaje.

La orquesta, sin embargo, tocaba sucesivamente simples rigodones, polkas y walses.

A media noche la señorita de Roye acababa de bailar una mazurka, y su pareja la conducía á su asiento, cerca de la chimenea del gran salón, cuando dió un paso hacia atrás.

Acababa de ver al baron Santiago de Brandes, que hablaba familiarmente al general de Treville, radiante de alegría, y al conde de Beaulieu, que triunfaba más modestamente, pero cuyo rígido rostro tenía también visibles muestras de alegría.

El baron avanzó hacia Germana con desembarazo, la cogió una mano, sin que ella hiciera movimiento alguno para retirarla, y la dijo en alta voz:

—Os ruego que me dispenseis, prima, si no he llegado antes; un retraso del ferrocarril ha sido la causa. Pero, á Dios gracias, llego á tiempo de haceros presente mi felicitacion. Vos sabéis cuán sincera es.

Se inclinó cortésmente ante el vizconde de Beaulieu y continuó su conversacion con el general.

Los jóvenes se precipitaban para obtener de la desposada el favor de bailar con ella un wals. Germana fué empujada por la concurrencia y pudo ocultar su turbacion, gracias al barullo; pero habia sido herida en los más íntimo de su corazón. Solo ella podía comprender la amarga ironía de los cumplimientos de Santiago de Brandes, cuya audacia la asustaba. Sus amenazas no eran vanas. En todas partes le encontraba ante sí, en el momento en que menos lo esperaba.

Pero Germana no era mujer que vacilara mucho tiempo ante el peligro.

Cuando los últimos acordes del wals espiraron, se encaminó con decision hacia donde habia quedado Santiago de Brandes, con propósito de interrogarle.

El baron se habia eclipsado.

Si la señorita de Roye hubiera estado menos preocupada, hubiera sabido que su excelente amiga la marquesa de Bresse, habia desaparecido al mismo tiempo que Santiago de Brandes.

La bella Laurencia huía de sus numerosos adoradores. En vano se precipitaban estos en su busca. Nadie podía decir por dónde habia salido.

Un joven duque, que por primera vez se presentaba en aquella sociedad y que debía bailar con ella uno de esos vales vieneses en los cuales puede uno prometerse esquisitos goces,

cuando la bailadora es adorable y adorada, preguntaba en vano por ella á los ecos.

Erraba de grupo en grupo con aire consternado. Y habia por qué. Aquella noche, Laurencia estaba particularmente atractiva.

Las ventanas de su nariz se dilataban á los gratos perfumes de los salones del hotel de Roye, como se dilata la nariz del bravo soldado al olor de la pólvora.

Lanzaba furtivas miradas á aquella rival que la habia suplantado, sin saberlo y á quien sin embargo, se veia aun obligada á festejar y atestiguar su amistad ante aquella sociedad en la cual triunfaba.

La hora del desquite se aproximaba á su juicio y gozaba con esta idea.

Sin embargo, ningun indicio podia hacer preagiar una catástrofe á los indiferentes.

En aquellos magníficos salones, todo eran sonrisas brillo y esplendor.

La bella Laurencia, á pesar de su odio contra los desposados no tenia aquella noche más que ideas de placer y de seducción.

Admirablemente ataviada con su traje de teropelo color cereza, muy descotado, los brazos desnudos, los negros cabellos adornados por hilos de perlas artísticamente mezclados con ellos, acariciadora, con su gracia maligna, risueña y provocativa, no parecia capaz de conspirar más que por la felicidad de los demás. Pero en las elevadas esferas se saben ocultar las impresiones y los sentimientos bajo la más exquisita cortesía, y no hay nada más engañador que sus apariencias.

El hombre del pueblo tiene las mismas pasiones que el hombre de la alta sociedad; solo que, con frecuencia, el primero las confiesa y el otro las disfraza. Desde el principe hasta el trapero la diferencia no consiste más que en la forma. El fondo es el mismo.

La marquesa habia seguido á Santiago de Brandes á un salon lejano de aquel en que se bailaba.

—Hablad pronto—le dijo;—no puedo consagrarnos más que algunos minutos: es preciso que no noten mi ausencia. Germana tendria dudas, y el enemigo encubierto...

—Es más peligroso que el que obra á cara descubierta—dijo el baron.

—Jastamente. Ya sabeis, todo está acordado.

—¿La boda en los Essarts?

—Sí—dijo la bella Laurencia.—Ese imbécil de conde es quien lo ha querido.

—¿Cuándo?

—El 17, por la Iglesia. Al abandonar á Paris estarán ya unidos... legalmente.

El rostro del baron se contrajo.

La marquesa prosiguió:

—Germana me lo ha dicho todo. Mi marido la servirá de testigo con el conde de Fresneuse. Tambien estarán presentes al acto Maisonneuve, el coronel de dragones, el pequeño de Thonars y algunos más; en total una docena de amigos por cada una de las partes. La partida será á las tres, de la estacion de Montparnasse, el 16. Iremos en tren especial. Todo está previsto.

—¿Todo?—dijo Santiago con amargo tono.

—Parece que abrigais siniestros proyectos. Me haceis temblar.

—¿Tan tímida sois?

Laurencia sonrió.

Su sonrisa era, en verdad, de las más encantadoras.

¡Seria un deleite ser asesinado por una mujer que tuviera tan hermosos dientes y ojos tan acariciadores!

—Vuestros asuntos no me incumben—replicó ella.—Obrad como queráis, con tal de que no me mezcleis en nada. ¿Sabeis todo lo que queriais saber?

—Casi casi.

—¿No teneis nada más que preguntarme?

—Nada.

—Entonces permitidme que os dé un consejo de amiga.

—Os escucho.
—Marchaos, separémonos. No quiero que nos sorprendan hablando. Germana no pronuncia jamás vuestro nombre, pero yo creo que fermenta cierta cólera en su hermosa cabeza, y si estalla...

—No hay peligro.

—¿Lo creis así?

—Estoy seguro de ello. Adios y gracias.

—Adios. Vuelvo en busca de mis bailadores. Deben estar furiosos.

Se disponia á volverse, rechazando con un gesto soberbio la cola de su falda, cuando Santiago de Brandes la retuvo.

—A mi vez—la dijo—un buen aviso.

—¿Qué es?

—En el tren especial tendreis varios coches.

—Ciertamente.

—Montad en el del novio.

—Pienso en eso.

—Y observad su rostro desde la partida... con cuidado.

—Bueno.

—No descuideis los más leves acontecimientos. Prestad atencion á todo.

—Estad tranquilo. ¿Habeis concluido?

—He concluido.

El baron salió por una puerta, mientras la bella Laurencia se dirigia á los salones por otra.

Un hombre de cierta edad, de blancos cabellos, rostro fresco y distinguido y de irreprochable elegancia, la salió al encuentro.

—¿De dónde salis, querida mia?—la preguntó.

—¡Supongo que no estareis celoso!

—¡Espero no tener motivo para estarlo jamás!

—Adivino lo que quereis. Os cansareis del barullo.

—Si gustais...

—¿Yo?

—¡Sabeis que detesto la sociedad!

—Y yo la adoro—dijo Laurencia con un encantador movimiento de hombros. Pero no hay

sacrificio que no esté dispuesta á hacer por vos.

—¿Estais contento, celoso!

—Sois una perla.

—Vamos.

Aquel hombre era el marqués Rolando de Bresse.

La bella Laurencia se cogió del brazo de su marido con un abandono evidentemente lisonjero.

—El duquesito estará furioso—pensaba Laurencia,—pero él aplacará su furia.

Verdaderamente no habia porqué guardar tanto rencor á aquella pobre Germana por su matrimonio con Roberto.

El marqués se conservaba bastante bien á pesar de sus cuarenta y siete años cumplidos. Muchos de los jóvenes que bailaban con furor á los ecos de la orquesta, no valian tanto como su posesion de Saint Martin.

Nada debió parecer más cariñoso que la despedida de Germana y de la marquesa, cuando se dieron un afectuoso abrazo.

—¿Ya?—la dijo Germana repitiendo la palabra de su amiga.

Ella era sincera.

La bella Laurencia, por el contrario, al abrazarla hubiera querido ahogarla.

Pero la dijo al oido, con voz conmovida, estas palabras:

—Ya estás sujeta á los primeros eslabones de la cadena. Te deseo toda la felicidad que mereces.

Y cuando estuvo en su carruaje, arrastrado por dos caballos de raza, que lo llevaban al trote largo hacia las alturas del arrabal de Saint-Honoré.

—No sé por qué,—dijo Laurencia al marqués,—me parece que ese matrimonio no tendrá todo el éxito que se le supone.

—¿Por qué?

—¡Es un parecer!

—Absurdo,—dijo el marqués.— Los novios son encantadores. Lo tienen todo: juventud,

fortuna, salud, el presente y el porvenir. El vizconde es un hombre excelente...

—¿Lo creéis así, amigo mío?

—¡Excelente! La novia no deja nada que desear.

—En este punto, conformes. Para mí, el señor de Beaulieu me parece un poco tosco.

—Sois severa.

—Severa, pero justa.

—No es ese mi parecer,—dijo el marqués.—El general me decía hace un instante: «¡Pardiez! ¡encontradme en París un matrimonio que se parezca á este!» ¡Tiene razón!

—Eso no impide que yo no augure nada bueno de él. Esto entre nosotros.

—¿Pero por qué razón?

—¡Ese contrato en día trece y viénes!

—¡Qué importa!

—¿Habeis visto que muchos se han fijado en esto?

—Sois supersticiosa.

—Cuando se trata de la felicidad de los amigos, ¿puede uno serlo demasiado?

—Esos son buenos sentimientos—dijo el marqués inclinándose sobre el hombro de su mujer y cubriéndola de besos.

El marqués gozaba aun de su luna de miel, pero tocaba ya á su último cuarto.

En los salones del hotel de Roye, la fiesta entraba en toda su animación.

El cuadro era digno del marco.

La juventud bullía ante los retratos de los antepasados, que presenciaban de este modo los pasatiempos de sus descendientes.

A las tres de la mañana Roberto de Beaulieu bailaba con Germana.

Iban estrechados el uno contra el otro, con el corazón palpitante, sin hablarse, pero comprendiéndose, poseídos los dos del mismo transporte, de los mismos deseos.

Se detuvieron un momento para respirar.

—¿Es una ilusión?—dijo Roberto—me pareció que la presencia de ese pobre Santiago de Bran-

des os había causado una sorpresa desagradable.

Germana replicó vivamente:

—No; ¿por qué? ¡Un vecino y un pariente! Soñais, os lo aseguro, amigo mío.

—¿De modo que sois feliz, Germana?

Ella inclinó la cabeza sobre el hombro de Roberto.

—Sí, murmuró.

A las cinco de la mañana se apagaron las arañas.

El hotel volvió á quedar en el silencio y en la oscuridad.

La fiesta había terminado.